

# Suicidio gradual por el encogimiento del alma

*La relevancia de las humanidades  
ayer y hoy*

**POR**

**Jacqueline Dussillant Christie**

Profesora Investigadora Faro UDD  
Doctora en Historia, Pontificia Universidad  
Católica de Chile

**RESUMEN**

El ensayo reflexiona sobre el abandono de las Humanidades en la educación contemporánea y sus efectos en la democracia, advirtiendo – inspirada en Tagore– que el excesivo énfasis en lo utilitario conduce a un “suicidio gradual por encogimiento del alma”.

## *Estimados Lectores*

¿Es posible sostener una democracia sin ciudadanos que piensen críticamente, que imaginen mundos posibles, que se reconozcan en la historia y en la cultura? Este ensayo de Jacqueline Dussailant Christie plantea esa pregunta de fondo, con lucidez y coraje.

Inspirada en una advertencia temprana de Rabindranath Tagore —sobre el peligro de que el alma humana se encoja al someterse al materialismo—, la autora traza una línea crítica que une pasado y presente: la amenaza silenciosa del abandono de las Humanidades. A través del diálogo con voces como Martha Nussbaum, Carla Cordua, Ronald Crane, Pablo Oyarzún y Martin Heidegger, este texto nos recuerda que sin filosofía, sin historia, sin arte y sin literatura, nuestra libertad corre el riesgo de volverse hueca, instrumental o simplemente inviable.

En una época caracterizada por la cultura de la cancelación en torno a lo woke y marcada por el fuerte desencanto democrático, este ensayo es más que una advertencia: es un llamado a recuperar el valor de las humanidades, lo reflexivo y en última instancia, lo humano.

Los invito a leerlo con la atención que merece. Porque lo que está en juego no es solo una tradición intelectual, sino la posibilidad misma de una vida en común, digna de ese nombre.

Que lo disfruten.

**Jorge Cordero**  
*Editor de Faro en Debate*

Rabindranath  
Tagore.



## Introducción

Pocos años después de recibir el premio Nobel de Literatura, Rabindranath Tagore señaló que las cosas vivas se lastiman con facilidad y, por ello, la naturaleza les ha otorgado su propia protección (Tagore, 1916, p. 16). Para el caso del hombre, sin embargo, temía que el escudo que representaban sus ideales espirituales quizá no fuera suficiente para protegerle del peligro de la tiranía de las posesiones materiales. Si por su debilidad estas últimas se tornaban en su coraza, el hombre terminaría empequeñeciéndose “hasta poder ajustarse al tamaño de su disfraz exterior” con lo que se daría inicio a “un proceso de suicidio gradual por encogimiento del alma” (Tagore, 1916, p. 16). El escritor indio expresó esas palabras ante una audiencia japonesa, a la que advirtió que era peligroso imitar los rasgos exteriores de Occidente, pero más todavía aceptar la fuerza motriz de la civilización occidental como propia pues “sus ideales sociales ya muestran signos de derrota a manos de la política, y su tendencia moderna parece inclinarse hacia el juego político en que los jugadores se juegan el alma para ganar la partida” (Tagore, 1916, p. 17).

Estos extractos de una charla que dio a estudiantes en Tokio en julio de 1916 y que dejan entrever una percepción pesimista de la cultura occidental nos ofrecen una puerta de entrada a la reflexión en torno a la relación entre materialismo y educación y sus efectos en la democracia en Occidente. Entendiendo en términos generales “materialismo” como un excesivo apego a lo material acompañado de un descuido de la faceta humanista de la vida humana. En este ensayo abordamos la necesidad de reforzar las Humanidades en la educación.

### 1. Las Humanidades ¿adorno o coraza?

Casi un siglo después de ese discurso de Tagore, la académica estadounidense Martha Nussbaum publicó *Not for profit. Why democracy needs the humanities*. En este libro alerta acerca de una “crisis silenciosa” que amenaza a diferentes naciones y la salud de sus democracias, cuyo punto sensible se ubica en el tipo de educación que está primando. En concreto, argumenta que “sedientos de dinero, los estados nacionales y sus sistemas de educación están descartando sin advertirlo ciertas aptitudes que son necesarias para mantener viva la democracia” (Nussbaum, 2010, p. 20). A su entender, de seguir en la misma dirección,

se producirán generaciones de “máquinas utilitarias” en lugar de “ciudadanos cabales” capaces de pensar por sí mismos. Su crítica apunta esencialmente a la disminución, o simple erradicación de carreras y materias relacionadas con las artes y las humanidades debido a que:

“Concebidas como ornamentos inútiles por quienes definen las políticas estatales en un momento en que las naciones deben eliminar todo lo que no tenga ninguna utilidad para ser competitivas en el mercado global, estas carreras y materias pierden terreno a gran velocidad, tanto en los programas curriculares como en la mente y el corazón de padres e hijos” (Nussbaum, 2010, p. 20).

Nussbaum denuncia que en las universidades estadounidenses de esos inicios del siglo XXI las artes y humanidades tienen una presencia cada vez más marginal, como meros ornamentos inútiles, lo que se materializa y expresa en la fusión de facultades o simplemente el cierre de algunas carreras (Nussbaum, 2010, p. 176). Sin desconocer que las democracias modernas requieren de una economía sólida y de un sector empresarial próspero, insiste en que el crecimiento económico necesita las mismas aptitudes necesarias para ser un buen ciudadano (Nussbaum, 2010, p. 30).

A lo largo del libro, la filósofa estadounidense desarrolla su argumento haciendo la diferencia entre dos modos de educar, que ella denomina “educación para la renta” y “educación para la democracia”. La primera estaría basada en la idea de que la educación debe promover el desarrollo nacional en términos de crecimiento económico, mientras que la segunda reconoce una mirada más global del quehacer humano (Nussbaum, 2010, p. 38). Bajo esa premisa, por lo tanto, se explicaría la escasa relevancia otorgada a la filosofía, historia, las letras y las artes por no aportar, al menos a simple vista, en progreso económico. Nussbaum insiste en que, “si no insistimos en la importancia fundamental de las artes y las humanidades, estas desaparecerán, porque no sirven para ganar dinero. Sólo sirven para algo mucho más valioso: para formar un mundo en que valga la pena vivir [...]” (Nussbaum, 2010, p. 189). Este es el peligro del “encogimiento del alma” al que aludía Tagore.

Al año siguiente de la publicación de este trabajo, la filósofa chilena Carla Cordua escribe que “la formación humanística representará en todas partes a la libertad desinteresada, no utilitarista; en particular allí donde sus beneficiarios no están demasiado urgidos a abandonar temprano los estudios para ganarse la vida” (Cordua, 2013, p. 12). Plantea que las humanidades, creación del humanismo —o de los humanismos que ha habido

en la historia— han sobrevivido a muchos cambios históricos y han tomado diferentes formas, lo que a veces las ha tornado confusas. Pero, junto con rescatar la subsistencia de su tarea de “cultivar la multiplicidad de las dotes individuales”, Cordua apunta que la especialización que exige el trabajo en el mundo moderno “debe estar precedida por el cultivo y la maduración de la diversidad de las posibilidades humanas” (Cordua, 2013, p. 14). Sin ese “blindaje humanístico” de la personalidad en proceso de formación, para Cordua el individuo “caerá en la estrechez de una existencia amputada desde el comienzo de su desarrollo” (Cordua, 2013, p. 14).

Podríamos decir entonces que, si para Tagore los ideales espirituales debían ser la coraza que proteja al ser humano de la estrechez que provoca el materialismo, en una línea no muy alejada del escritor indio Cordua plantea a las humanidades como un “blindaje” contra la amputación que le significaría privarlo de su “condición básica”, esto es, su naturaleza histórica-cultural en cuanto “hombre humano al que están destinadas las humanidades” (Cordua, 2013, p. 16).

Ahora bien, si las humanidades representan una suerte de coraza que protege y resguarda la “humanidad” del ser humano, su aparente abandono en estos días sería entonces una especie de acto suicida pues le dejaría sin herramientas esenciales para su “sobrevivencia” y desarrollo. Asimismo, y siguiendo a Nussbaum, el desprecio por las humanidades que supone un excesivo énfasis en la “educación para la renta” en detrimento de aquella “para la democracia”, pondría en peligro a esta última. Pero, ¿qué estaría en juego? ¿qué aportan realmente las humanidades?

## 2. Humanidades y democracia

La tradición escolar medieval descansaba en la distinción entre las artes liberales, estimadas como dignas del hombre libre, y las artes *mechanicae*, más propias de siervos. Si estas últimas representaban los saberes prácticos, como la pintura, la escultura o la arquitectura, las artes liberales estaban compuestas por el *trivium* (gramática, retórica, dialéctica) y el *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música). Pero si desde la Antigüedad se han hecho distinciones y establecido jerarquías entre diferentes “artes” o áreas del conocimiento, la cuestión se complica más aún con el desarrollo de la ciencia y la distinción que al respecto se fue haciendo



con el nacimiento de la ciencia moderna. Desde el Renacimiento empezó a hablarse de “humanistas” y su presencia en los ámbitos académicos comenzó a hacerse presente paulatinamente, no sin dificultad y, además, tampoco como un movimiento homogéneo. Si a partir de entonces el estudio de los antiguos textos griegos y latinos recibió un gran impulso, la “revolución científica” del siglo XVII nuevamente puso obstáculos en el avance de los saberes humanistas. En efecto, comenzaron a ponerse en tela de juicio sus métodos y su excesivo apego a los antiguos, desatendiendo la observación directa y empírica de la realidad (Crane, 1967, p. 63). Llegado el siglo XIX las humanidades clásicas alcanzaron un gran auge dentro de las universidades, pero también se vieron enfrentadas a ciertos cuestionamientos. Esto porque debieron dar cabida a los conocimientos científicos y técnicos derivados de la revolución científica, lo que necesariamente significó la revisión de viejas concepciones acerca de su validez como verdaderas fuentes del conocimiento. Una de las muchas luchas de este siglo se dio bajo la sombra del positivismo y en el marco de la aparición de las nuevas disciplinas. Si hasta el siglo anterior se oponían las ciencias naturales a las humanidades, apareció entonces una nueva área del conocimiento, las ciencias sociales. Los objetos de estudio, los métodos y los bordes epistémicos fueron algunos de los puntos de discusión al momento de validar en mayor o menor grado los conocimientos de cada disciplina. Por lo pronto, las ciencias matemáticas y naturales terminaron por separarse de la vieja base común de las artes liberales. Con el paso del tiempo, disciplinas como la antropología, historia, economía, politología y sociología fueron distinguiendo sus respectivos objetos de estudio, a la vez que se institucionalizaron formalmente en distintas facultades. Si la literatura, la lingüística, la filología o la filosofía permanecieron atadas a su evidente raíz humanista, otras disciplinas, como la historia, se vieron en la obligación de reforzar su base científica para no desaparecer en la insignificancia o desvaloración, acercándose en parte a las nuevas ciencias sociales pero sin abandonar del todo sus raíces humanistas.

Sin embargo, la discusión acerca de qué son realmente y para qué sirven las humanidades sigue vigente hasta nuestros días. En su conocida *Carta sobre el Humanismo*, el filósofo alemán Martin Heidegger argumenta acerca del olvido del ser y la necesidad de volver a este para entender las *humanitas* (Cortés, 2006, p. 2), y da especial relevancia al lenguaje en cuanto “casa del ser” o “morada [donde] habita el hombre” (Heidegger, 2006, p. 43). Por su parte, Ronald Crane, un estudioso del tema, escribió en

1967 que, aunque las humanidades “se han cultivado con gran ardor desde el Renacimiento”, no cuentan con una teoría del conocimiento compartida pero sí con un objeto de estudio común: el texto (Crane, 1967, p. 168). De ser así, una de las particularidades de las humanidades radicaría en el lenguaje en su más amplio sentido, a través de él que reflexionamos, proponemos, creamos, argumentamos e interpretamos. Por último, al momento de establecer distinciones, el historiador del arte Ernst Gombrich señala que, mientras las ciencias se orientan al futuro desde el momento en que apuntan hacia “los problemas que exigen solución”, las humanidades se tornan más hacia el pasado (Gombrich, 1999, p. 112). Pero, si las humanidades conducen a una “vuelta al ser”, a mirar al pasado y a concentrarse en los textos... ¿Dónde radica entonces su “utilidad”?

Si su carácter a-científico fue definitorio en un momento, la in-utilidad, ya sea real o no, también ha incidido directamente en la desvalorización de las humanidades. De hecho, en *The Three Cultures* el psicólogo Jerome Kagan menciona cuatro razones que podrían explicar el declive de las humanidades en los últimos tiempos (Kagan, 2009). En primer lugar, menciona la prioridad que se ha dado a las ciencias y la tecnología, especialmente en su capacidad para resolver problemas concretos. Luego, menciona la percepción de su poca utilidad por no ser útiles ni rentables en comparación con las ciencias y la tecnología. En tercer lugar, alude a la falsa dicotomía entre ciencias y humanidades, siendo que Kagan cree que pueden y deben complementarse. Por último, también incluye, y en relación con lo anterior, la consecuente falta de apoyo y reconocimiento, por ejemplo, en términos de financiamiento para la investigación en humanidades.

Si en la base de esta escasa valoración de las humanidades está su aparente inutilidad práctica, resulta interesante tener en cuenta los planteamientos que hacen, entre muchos otros, Pablo Oyarzún y Martha Nussbaum. El primero valora el papel de las humanidades “en la definición y generación de estrategias para abordar las transformaciones de la sociedad contemporánea, tanto en el plano individual y subjetivo como en el plano social” (Oyarzún, 2011, p. 183). Destaca que es propio de las humanidades estudiar textos complejos tanto desde la especialización disciplinar como desde la vocación natural que tienen hacia mantener una mirada amplia, abierta, interrogativa y contextual (Oyarzún, 2011, p. 184). Enfatiza asimismo que las humanidades están familiarizadas con:

[...] la lectura lúcida y no reductora de la complejidad y diversidad de las formas de vida y de sus expresiones, favorecen también la confrontación creativa con la aceleración de las transformaciones sociales, culturales, políticas y económicas; estimulan la experimentación de nuevas formas de apropiación y configuración de la realidad, y adiestran en el manejo de la incertidumbre como proceso de construcción de subjetividades" (Oyarzún, 2011, p. 185).

Así, en tiempos de cambios, las humanidades serían clave para el "manejo" de la incertidumbre al poder "leer" con lucidez la complejidad. En lo concreto, por ejemplo, estima que cuando se observa un predominio de "las políticas", en cuanto políticas públicas, por sobre "la política", las humanidades son precisamente aquellas llamadas a restituir el valor de la última para guiar o iluminar a las primeras (Oyarzún, 2011, p. 176).

Por su parte, Nussbaum menciona una serie de habilidades que las humanidades proporcionan al individuo y que a su entender son esenciales para la preservación de la democracia en nuestros días. Se refiere al pensamiento crítico, la creatividad, la ciudadanía activa y el reconocimiento de la diversidad. Siendo así, resultaría comprensible que la formación de personas con pensamiento crítico pueda ser indeseable en regímenes autoritarios, pero altamente necesaria en las democracias libres. Y quizá la respuesta esté en parte en que no se trata solo de su aparente inutilidad lo que explica su escasa valoración, sino también el temor que infunden las humanidades. En efecto, quizá hay algo más que el mero desprecio y es la incomodidad que despiertan esas disciplinas entre algunos. Al respecto, Nussbaum sugiere que "[...] quienes se dediquen a la educación para el crecimiento económico no querrán un estudio de la historia centrado en las injusticias de clase, género, etnia o religión, pues eso generaría un pensamiento crítico sobre el presente" (Nussbaum, 2010, p. 43).

### ***3. Las Humanidades como amenaza***

En un libro reciente, *Permanent Crisis. The Humanities in a Disenchanted Age*, los profesores Paul Reitter y Chad Wellmon, argumentan que los defensores de las humanidades han sido poco enérgicos al momento de reflexionar críticamente acerca de los discursos relativos al declive y crisis de las humanidades (Reiter & Wellmon, 2021, p. 253). Aseguran que tales discursos han generado efectos, como el de fomentar justificaciones y autoconcepciones negativas de las humanidades modernas, y de minimizar

la dificultad que reviste la adaptación de tradiciones humanistas más antiguas a fines más contemporáneos, igualitarios y democráticos (Reiter & Wellmon, 2021, p. 255). En otras palabras, si las humanidades reflexionan críticamente en torno a los grandes problemas o crisis de la sociedad, han sido más ciegas al momento de pensarse a sí mismas. Viendo el vaso medio lleno, estiman que las humanidades en verdad han sufrido ya varias crisis a lo largo de la historia, lo que de suyo pone en perspectiva la seriedad de la crisis actual. Con todo, suponen que los debates y reflexiones actuales han contribuido a la autocomprensión de las humanidades modernas haciendo de la crisis una parte esencial del proyecto de su propio proyecto (Reiter & Wellmon, 2021, p. 3).

En síntesis, podríamos decir que la reflexión en torno a sus crisis -reales o no- sería parte de la naturaleza de las humanidades y de su vocación crítica. Pero también acerca de las crisis sociales como, por ejemplo, las asociadas a la modernidad. De hecho, los autores aseguran que los defensores de las humanidades han demostrado ser expertos en identificar las tensiones básicas que se dan entre la lógica instrumental que rige las sociedades modernas y la apertura no instrumental que se cree que requieren la erudición y la enseñanza de las humanidades. Advierten, eso sí, que tampoco se puede caer en un exceso de promesas, como la de presentar a las humanidades modernas como la "solución redentora a una crisis más amplia a la que se alude habitualmente como modernidad", asociada a las ideas de degradación del ser humano e incluso a las amenazas al planeta que habita (Reiter & Wellmon, 2021, p. 257-258).

Por su parte, en el 2013, Carla Cordua observaba que la antropología contemporánea y otras disciplinas veían al hombre (en cuanto ser humano) como un objeto-cosa, cayendo incluso en lo que ella denomina "arrestos doctrinarios muy poco científicos" dando lugar a "la charlatanería y la propaganda ideológica" (Cordua, 2013, p. 16). Desde la perspectiva actual no es difícil relacionar esta crítica con determinados aires que estaban soplando entonces en algunos espacios académicos. A partir de la década de 1980 venía desarrollándose una tendencia en torno al concepto de lo "políticamente correcto", que podía leerse en clave política en términos de una guerra cultural entre conservadores y progresistas. Esto a través del uso de un lenguaje y la adopción de medidas destinadas a evitar la ofensa a ciertos grupos sociales estimados vulnerables y vulnerados en sus derechos o su dignidad. Si bien las raíces de esta cultura pueden retrotraerse a varias

décadas antes, no hay duda de que fue retomada o intensificada recientemente a través de la cultura del despertar o “cultura woke”. En efecto, ese mismo año un hecho puntual dio inicio al movimiento #BlackLivesMatter tras la absolución de un policía blanco que había dado muerte a un joven negro en Estados Unidos. Pronto le seguirían movimientos feministas, indigenistas, sexistas y de todas aquellas minorías que se veían a sí mismas como víctimas de una sociedad blanca, colonialista, racista y heterosexual.

Así, si en tiempos de la Ilustración la universidad buscaba defender la ciencia y separarla de la religión, bajo la creciente influencia de la cultura woke, en el mismo seno de la universidad y, por lo tanto, en el seno de las élites, promueven esta fe sin hacer caso a las evidencias científicas, pero apelando a ella. Al menos esa es la idea central que propone el filósofo francés Jean-Francois Braunstein en su libro *La Religión woke*. En concreto, señala que “las élites occidentales, que pasaron a ser militantes durante sus estudios, difunden estas ideas a través de las redes sociales, los medios de comunicación, las editoriales y la industria cultural” (Braunstein, 2024). De esta manera se fue extendiendo con inusitada rapidez una cultura que buscaba destruir las raíces de la cultura occidental, transformándose en una dictadura en nombre del bien y de la justicia social, y que paradójicamente practica la intolerancia en nombre de la tolerancia. El asunto es que las teorías woke formadas en las universidades hallaron en ciertas disciplinas una particular sintonía, entre las que destacan las humanidades. Esto porque algunos han visto el pensamiento woke como una derivada de la importación estadounidense de la *French Theory*, es decir, de las ideas de Foucault, Derrida, Lyotard y otros. También se la ha visto como una cultura con raíces neomarxistas que, aunque toma nociones de Karl Marx se aparta de su faceta económica para reemplazar la lucha de clases por la lucha por las minorías étnicas, sexuales y otras, tomando como armas la equidad, la diversidad y la inclusión.

Como sea, lo relevante es que muchas facultades empezaron a ser prácticamente cooptadas por el *wokismo*, de manera en que en los centros donde debiera primar el rigor científico en pos del conocimiento, fue primando la intolerancia y la cancelación a tal punto que, como señaló el periodista conservador Andrew Sullivan, “ahora todos vivimos en los campus”. En efecto, en una columna en el *New York Magazine* Sullivan escribió en 2018 que:

[...] Cuando las universidades de élite desvían toda su visión del mundo de la educación liberal tal y como la conocemos desde hace tiempo hacia los imperativos de un movimiento de «justicia social» basado en la identidad, la cultura en general corre el peligro de alejarse también de la democracia liberal. Si las élites creen que la verdad fundamental de nuestra sociedad es un sistema de estructuras de poder entrelazadas y opresivas basadas en características inmutables como la raza, el sexo o la orientación sexual, entonces, más pronto que tarde, esto se reflejará en nuestra cultura en general. Lo que más importa en estas universidades -su pertenencia a un grupo incrustado en una jerarquía de opresión- será muy pronto lo que importe en el conjunto de la sociedad” (Sullivan, 2018).

## ***Reflexiones finales***

Aunque no pueden atribuirse los excesos de la cultura *woke* al interior de las universidades solo a las facultades de Humanidades, sí se les puede al menos exigir que las disciplinas que albergan no abandonen su espíritu crítico. Temer a las Humanidades es el peor camino posible, pues con su abandono, en lo práctico, se han dejado vacíos que otros ocupan. De esta manera, el debate y la discusión de ideas a nivel académico se restringe y la capacidad crítica de los estudiantes y ciudadanos en general se “encoje”. De hecho, bien podría suponerse que el pensamiento liberal se ha visto débil en la batalla cultural porque abandonó a las Humanidades o, si se quiere, olvidó el verdadero valor de las artes liberales. Es imprescindible resguardar la libertad del individuo, la libertad de expresión, para lo cual una sociedad no puede permitir la presión de la cultura de la cancelación en ninguna de sus formas. Es necesario fortalecer el pensamiento crítico, la imaginación y la ética que otorgan la historia, la literatura, la filosofía y las artes, porque la democracia requiere de ciudadanos informados y críticos, lo que debiera fortalecerse desde la etapa escolar. Como señala Nussbaum, “la gente que nunca ha aprendido a usar la razón y la imaginación para ingresar en un mundo más amplio capaz de acoger distintas culturas, grupos e ideas, se empobrece personal y políticamente, a pesar de lo exitosa que sea su preparación profesional” (Nussbaum, 2012, p. 324). La intolerancia y el fanatismo son otra cara del “encogimiento del alma”, ante lo cual algunos han buscado como remedio la filosofía de John Stuart Mill, en especial en su planteamiento acerca de los beneficios que trae debatir con ideas contrarias en su reflexión sobre la libertad de pensamiento y de discusión: reconocer la superioridad de la contraria, valorar la propia o hallar una complementariedad entre ambas (Mill, 2001).

Teniendo en consideración la prevalencia entre muchos sectores populares

"La Alegoría del oído", de Jan van Kessel.

Pintura barroca del siglo XVII, frecuentemente relacionada con el humanismo al celebrar una dimensión no instrumental del ser humano: aquella que valora la sensibilidad, la contemplación y el arte como formas de conocimiento.



de una visión simplista de la sociedad entre "buenos" y "malos", Nussbaum estima que la educación para la democracia debe preparar a los individuos para reflexionar sobre cuestiones políticas, reconocer a los demás como personas con los mismos derechos e interesarse por ello, para imaginar una serie de cuestiones complejas que afectan la vida humana, para concebir la propia nación como parte de un orden mundial, entre otras aptitudes (Nussbaum, 2010, p. 48-49). Si en su momento tras la Segunda Guerra Mundial las Humanidades reflexionaron acerca de los peligros del militarismo o el mecanicismo, ahora se ven enfrentadas a los retrocesos de la civilidad y la democracia, y a la deshumanización en el contexto de los avances y desafíos impuestos por el vertiginoso desarrollo de la inteligencia artificial. Abandonar o despreciar las Humanidades, no solo deja inermes a los defensores de la libertad y la tolerancia, también conduce al ser humano, como decía Tagore, al "suicidio gradual por el encogimiento del alma".

## Referencias bibliográficas

- Braunstein, J-F. (2024). *La religión woke: Anatomía del movimiento irracional e identitario que está poniendo en jaque a Occidente*. La Esfera de los Libros.
- Cordua, C. (2013). El humanismo. *Revista Chilena de Literatura*, (84), 9-17.
- Cortés, A. (2007). *Heidegger y el humanismo*. Civilizar, 7(11), 1-14.
- Crane, R. S. (1967). *The idea of the humanities and other essays critical and historical: Volume one*. The University of Chicago Press.
- Gombrich, E. H. (1999). *Investigación en humanidades: Ideales e ídolos*. En *Ideales e ídolos: Ensayos sobre los valores en la historia y el arte*. Editorial Debate.
- Heidegger, M. (2006). *Carta sobre el humanismo*. Alianza Editorial.
- Kagan, J. (2009). *The three cultures: Natural sciences, social sciences, and the humanities in the 21st century*. Cambridge University Press.
- Mill, J. S. (2001). *Sobre la libertad*. Alianza.
- Nussbaum, M. C. (2010). *Sin fines de lucro: Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz Ediciones.
- Nussbaum, M. C. (2012). *El cultivo de la humanidad: Una defensa clásica de la reforma de la educación liberal*. Ediciones Paidós.
- Oyarzún, P. (s.f.). *Las humanidades, lo público y la universidad*. En J. J. Brunner & C. Peña (Eds.), *El conflicto de las universidades: Entre lo público y lo privado* (pp. 111-131). UDP.
- Reitter, P., & Wellmon, C. (2021). *Permanent crisis: The humanities in a disenchanted age*. The University of Chicago Press.
- Sullivan, A. (2018, febrero 9). We all live on a campus now. *New York Magazine*.
- Tagore, R. (1916). *The spirit of Japan*. Indo-Japanese Association.

# Otros Faro en Debate

**Faro en Debate N°22:** "¿Mal portados? Ciudadanos, consumidores y educación cívica"

**Faro en Debate N°20:** "Una breve introducción a las políticas de identidad"

**Faro en Debate N°17:** "Acoso sexual, violencia y discriminación de género en la Educación Superior"

**Faro en Debate N°04:** "Mujeres, universidad y matemáticas: a 146 años del decreto Amunátegui"

## PARA CITAR ESTE DOCUMENTO:

Dussaillant Christie, J. (2025). *Suicidio gradual por el encogimiento del alma: Algo sobre educación, humanidades y democracia*. (Faro en Debate N°34). Núcleo de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad del Desarrollo. Santiago, Chile.

- Los planteamientos expresados en este texto son de exclusiva responsabilidad de su autor y no reflejan necesariamente las posiciones institucionales de Faro UDD.

# Faro UDD

*Núcleo de Humanidades y Ciencias Sociales*



Faro UDD es un centro interdisciplinario de humanidades y ciencias sociales creado por la Universidad del Desarrollo. Ha sido concebido como un espacio académico de reflexión, que busca contribuir al bienestar de Chile y sus ciudadanos, mediante la generación de contenidos sólidos, el enriquecimiento del debate público nacional, y la formación de talento académico joven, todo ello en relación con la fundamentación ética de la democracia representativa y de la sociedad libre.

 @faro\_udd

 @faro\_udd

 faro udd

 faro@udd.cl

Nuestra página web: [faro.udd.cl](http://faro.udd.cl)